

mosura. El centro es un punto estable, fijo, que no se muda y es indivisible. Del centro salen líneas divisibles, movibles é innumerables, que tiran hasta topar con la circunferencia, como lo vemos en los rayos de una rueda, que son una cosa con su centro, y allí todos entre sí son uno, porque se topan en un punto, y el punto es indivisible, y así los rayos en el centro son indivisibles; pero cuanto mas se apartan del centro, tanto mas se alejan entre sí y se dividen, y la circunferencia divisible anda siempre volteando y moviéndose sobre él, como la rueda sobre el eje. ¡Oh, si fuese nuestro Señor servido que yo acertase agora á decir una dotrina admirable que de aquí sale! Pero diréla como supiere y lo mas claro que yo pudiere. «Dios es centro universal de todas las cosas; es uno simplicísimo, impartible, estable.» *Ego Deus, et non mulor*; Yo soy Dios, que jamás me mudo. *Non est Deus quasi homo, ut mentiatur; nec ut filius hominis ut mutetur*; No es Dios (dijo Balan) como el hombre, que miente, ni como el hijo del hombre, que se muda. Toda la rueda da vueltas y se mueve; solo el centro está quedo. Toda la máquina criada se muda y mueve; los ángeles, porque *Ecce qui serviunt ei non sunt stabiles*. Los hombres jamás saben estar en un ser: *Nunquam in eodem statu permanent*. Las demás criaturas tienen sus veces; los cielos, la tierra, los elementos y cuanto está hecho de ellos, se envejecen y mudan; solo el Hacedor universal de toda ella no sabe qué cosa es mudanza, como se lo dijo bien David, cuyo verso cita san Pablo: *Et tu in principio Domine terram fundasti: et opera manuum tuarum sunt coeli. Ipsi peribunt, tu autem permanebis, et omnes ut vestimentum veterascent, etc.*; Tú, Señor, al principio fundaste la tierra, y los cielos son obras de tus manos. Pues ellos perecerán; pero tú, Señor, permanecerás; ellos se envejecerán y los mudarás como vestido, que nos le quitamos y le ponemos á un rincón; mas tú siempre perseveras el mismo que fuiste. Puesto caso que el centro es inmóvil é indivisible, pero hallaremos una cosa cierta, que tirando dél hácia la circunferencia, se hace una línea; y si por todas partes tiran, por todas se harán líneas diferentes; y como la línea conste de puntos, y en cualquier parte que me señaláredes de la línea, allí haréis punto, aunque difieren línea y punto; así hallaréis que las criaturas (que son las líneas) todas salen del centro divino, que es Dios; y como si tiráredes de Dios, esto es, que saliese Dios en obras exteriores fuera de sí, hallaréis que en cualquier parte de sus obras está, porque las cria, las sustenta; y como dice mi padre san Agustín, «está sobre sus obras, para gobernallas; debajo dellas, para sustentallas; dentro dellas, para conservallas; ante ellas, para guiallas; detrás dellas, para amparallas.» Y por esto decimos que «está Dios en todo el hombre y en todas las criaturas, así como el punto en todas las líneas». Demás desto, las líneas, apartándose de su centro, se hacen diferentes; así las criaturas, saliendo de Dios, son diferentes, porque se apartan de su centro. Mas así como las líneas, volviendo desde la cir-

conféncia á su centro, se hacen uno con él y entre sí, porque tocan todas en un punto indivisible, que es el que llamamos centro; y así, lo que allí llega y toca queda indivisible; de la misma forma cuando las criaturas vuelven á su primera causa donde salieron, que es Dios, se hacen una cosa, no solo con Dios, mas aun entre sí. Y la razón es, porque Dios no es capaz de composición ni de accidentes; y así, lo que está en él, pues no puede ser accidente, ha de ser sustancia; esta es sencillísima, luego es el mismo Dios. Esta altísima teología nos enseñó aquel grande y supremo teólogo san Juan, que mostrando cómo de Dios, que es el centro, nacen cosas que saliendo, son entre sí diversas, dijo: *Omnia per ipsum facta sunt; et sine ipso factum est nihil, etc.* No dijo: «Una cosa fué hecha por Dios, sino todas;» por mostrar que, saliendo de Dios, se multiplican y cobran número y son distintas entre sí; pero porque se entienda que volviéndolas á mirar en Dios son una cosa sola con él, dijo: *Quod factum est, in ipso vita erat*; Lo que se hizo en él es vida. No dijo las cosas que se hicieron, sino lo que se hizo; ni dijo eran vidas, sino es vida. La vida es Dios. *Ego sum via, et veritas et vita*; Yo, dice el Señor, soy la vida; y no hay otra vida sino la suya; luego las cosas en Dios son el mismo Dios. No queremos decir que yo como me estoy, si me uniera con Dios por fe y caridad, seré uno con Dios y seré Dios; sino que si yo, que soy hombre y un solo hombre, me miraran en cuanto me estoy en Dios, esto es, que me tiene en sí como me tenía antes que me criase (porque, aunque yo por la creación he salido de Dios en acto y estoy separado, como la línea del centro, no por eso dejo de estar en él, como lo estaba antes de la creación del mundo), mirándome, así digo que soy uno con Dios y con cuanto tiene Dios. No solo son uno con el centro, que es Dios, mas tambien entre sí. Digo, para declararme mas, que esto que es ser una cosa con Dios se dice en dos maneras. La una es, que en hecho de verdad todo lo criado é infinito, mas que Dios con su infinito poder puede criar, no es mas que retrato de las perfecciones que en sí tiene; porque, si en sí no tuviera perfección de ángel, no le pudiera criar; y si no tuviera perfección de sol y estrella y hombre y de lo demás, mal pudiera criar el sol, las estrellas, el hombre y lo demás que está criado; de suerte que en sí tiene las ideas ó perfecciones que decimos; y porque él es infinito, por eso tiene infinitas, y porque conforme á aquellas cria las cosas, por eso puede hacer infinitas. Hase como si vos tuviédes un sello ochavado de oro, que en la una parte tuviese un león esculpido, en la otra un caballo, en otra un águila, y así de las demás, y en un pedazo de cera imprimiédes el león, en otro el águila, en otra el caballo; cierto está que todo lo que está en la cera, está en el oro, y no podeis vos imprimir sino lo que allí teneis esculpido. Mas hay una diferencia: que en la cera, al fin es cera y vale poco; mas en el oro es oro y vale mucho; así digo que tomó Dios la perfección de ángel que en sí via, y estampó un ángel; otra de sol, y imprimióla en una pellada de bar-

ro y hizo un sol; otra de hombre, y sellóla en un poco de lodo bermejo. En las criaturas están estas perfecciones finitas y de poco valor; en Dios son de oro, son el mismo Dios. Una diferencia hay en esta semejanza del sello y la cera con Dios y las criaturas: que el sello de oro ó de esmeralda ha menester tener distintas figuras y sellos para imprimir diversas ceras y imágenes; mas en Dios no hay ese número, que con una sola perfección ó idea (que eminentísimamente contiene todas las cosas) estampa diversas perfecciones; y así, en Dios todas no son mas que una, y son el mismo Dios; y esto llamamos «estar todas las cosas en Dios, y que en él son una cosa, porque no recibe composición». Y cuando en esta primera manera de unión decimos que vuelven de la circunferencia al centro, y allí no son mas que una cosa y son el mismo centro, hase de entender cuando, consideradas en el círculo, que es el mundo, nos parecen muchas y lo son; y después volvemos á verlas en el centro, que es Dios, y allí no vemos mas que una cosa, que es á Dios con infinitas perfecciones. Y por ventura de esto se entenderá cómo en Dios no hay nada pasado ni por venir, sino que todo le está presente; porque en sí mismo se lo tiene todo, y todas las cosas se las ve en sí. Tambien se declara con esto cómo ve todo cuanto se hace en el cielo y en la tierra, y cala los pensamientos de los ángeles y de los hombres; porque (como habemos dicho) es como el centro, y el centro es punto, este está en todas las partes de las líneas; pues si fuese un ojo que viese, clara cosa es que estando en todas las partes de las líneas, las vería todas, y si en mil líneas estuviese, mil vería, y todas las partes de todas ellas. Así pues es Dios, que está en todas las criaturas y las ve todas; y porque ellas están en él, y él se ve á sí mismo, síguese tambien que por esto las ve.

Hay otro modo de unirse y hacerse una cosa con Dios, que es por gracia y amor; y deste dijo san Pablo que «el que se allega á Dios, se hace una cosa con él». Tambien en este hay su misterio, que las líneas se unen con su centro, esto es, por el amor se unen las almas con Dios, no que se hagan Dios ni que sean un solo Dios, como habemos dicho de la primera suerte de unión, sino que por amistad, por gracia, por voluntad, amándole, decimos «que son unos con Dios, esto es, conformanse en todo con él, y tienen una voluntad y un querer». Esto hacen, porque saliendo de Dios, que es su centro, como líneas, y llegando á la circunferencia (que dijimos que en ella ponian los filósofos la hermosura), esto es, considerando la hermosura del Hacedor, la cual, como círculo ó circunferencia, ciñe todas las cosas, conocen que aquella hermosura es el rayo, que sale de la infinita bondad, que está en el centro, que es Dios, como habemos dicho; y vuelven á mirar de dónde nace aquel rayo de hermosura que las enamora y lleva tras sí, y ven que sale del centro, que es Dios; y así, le aman, y se hacen una cosa por amor con él y aun entre sí; porque, como ven que todas las cosas tiran á su centro, amando á Dios, ne-

cesariamente han de amar lo que hallan en el mismo Dios; de aquí nace el artículo de nuestra fe que dice: *Sanctorum Communionem*; Creo la comunión y participación de los santos; esto es, creo que, como los santos, por el lazo de la caridad y amor, son unos entre sí y hacen un cuerpo místico (que dice san Pablo); «así tambien viven de un espíritu y participan una misma vida;» y siendo esto así, creo tambien que, así como por ser una sola vida la que en un cuerpo humano vivifica el pié y la mano y el ojo, por eso hay comunicación de virtud entre ellos, y goza el pié del bien de la mano, y la mano del ojo; y así tambien porque los santos viven una misma vida y de un mismo espíritu, se comunican entre sí sus méritos y bienes, y el uno ama en el otro la virtud que ve. Esto nos dijo David á la letra: *Particeps ego sum omnium timentium te*; Yo participo (dice) el bien de todos cuantos os temen, y el mérito de cuantos guardan vuestros mandamientos. Esta unidad se prueba por aquel axioma de filosofía: *Quae sunt eadem uni tertio, sunt eadem inter se*; Las cosas que son unas con una tercera, serán unas entre sí. Como si midiendo vos una cinta, hallais que viene bien con la vara, si yo mido otra, y viene igual con la misma vara con que vos medistes la vuestra, necesariamente las dos cintas han de ser iguales entre sí, pues fueron iguales á una tercera, que fué la vara. Así es pues, que siendo san Pedro uno con Dios por amor, y siéndolo tambien san Juan, de fuerza san Pedro y san Juan serán unos por amor entre sí. Rogaba el Redentor á su Padre celestial que liciese unos á sus fieles: «Padre santo, guárdalos tú para que sean unos, como tú y yo lo somos.» Y David, con deseo de tener una ciudad llena de paz y amor, decía: *Rogate quae ad pacem sunt Jerusalem*; Desead y procurad para Jerusalem lo que ha de ser su paz y unión. Desta divina grandeza goza aquella bienaventurada ciudad del cielo, de que dice David: «Alaba, Jerusalem, al Señor, y tú, Sion, engrandece cuanto pudieres á tu Dios, que te amojonó los términos con paz, que te tiene cercada con muros de amor, que ha desterrado de tí la guerra y división y bandos; porque todos tus ciudadanos se aman, tienen un querer y una voluntad, una sola cosa desean todos.» Que lo dijo en otra parte: «Jerusalem, que te vas edificando como ciudad principal y famosa, adonde tus ciudadanos tienen su contratación en conformidad y amor.» Por ser el salmo tan galan le pondré aquí, y dice así:

SALMO CXLVII.

Dichosos ciudadanos, que en la santa
Jerusalem habeis vuestra morada,
Cantad alegres al Señor del cielo;
Y los que de Sion la sublimada
Cumbre pisais con venturosa planta,
Load á Dios, que os dió tan fértil suelo.
No Pafos, Cipro, Idea, Creta ni Delo,
Moradas fabulosas
De las soñadas diosas
Y de fingidos dioses tan cantados,

Contigo cotejados,
Merecen nombre ya ni son de estima;
Que en tu sublime cima,
Con envidia del cielo, se pasea
El que los ejes de cristal rodea.

Una ciudad fundó para su corte,
Que no teme las armas enemigas,
Ni recela espantosa artillería;
A do no llegará espada que corte,
Forjada de Vulcano en las antiguas
Fraguas de su ahumada herrería.

Del mas fuerte metal que Libia cria
Le fabricó las puertas,
Que no las verá abiertas
El bárbaro enemigo; pues rompellas
Es romper las estrellas.

Y bendijo el Señor con llena mano
A cada ciudadano,
Con hijos, con hacienda y larga vida;
Que en dar no guarda Dios tasa ó medida.

Ciudad gloriosa, do tu pueblo y gente
Goza de una alta paz dentro tus muros,
Sin sentir de vil pecho los engaños.

Amor hace la vela, que los puros
Pechos les baña en dulce fuego ardiente,
Viviendo alegre vida en largos años.

La paz te ha puesto Dios por aledaños,
Y desterró la guerra,
Porque en toda tu tierra

El enemigo pié no estampe planta.

Y dióte copia tanta
De pan, que te produce el fértil suelo,
Y tan clemente el cielo,

Que la mas pura flor de la harina
Comas, y des á Dios ofrenda dina.

Del estrellado asiento á do preside
Como rey á la máquina criada,

Que de nada fundó su diestra mano,
Cuando á su santa Majestad le agrada,
Un paje de su cámara despide,
Mas ligero que el pensamiento humano;

Y es este su palabra, que el liviano
Viento sacude y mueve,

Y la cándida nieve,
Cuajada como lana, baja á tierra,

Y desgaja en la sierra
Con su peso la mas robusta encina;

Y de la mas vecina
Parte del aire hace que la helada
Caya como ceniza derramada.

En medio del ardiente y seco estío,
En la region del aire mas helado,

Cuando sube del mar la nube oscura,
Si acaso se levanta reforzado

El céfiro, y la embiste con el frio,
Le cuaja el agua en piedra clara y dura.

Cae el cristal del cielo en forma pura,
Y bocadillos hecho,

Con lazo tan estrecho
Se condensó su hielo, que á su vista
No hay calor que resista;

Mas con un soplo Dios, y aun con mandallo,
Comienza á desatallo,

O con soplar el ábrego encendido
Corre el granizo en agua convertido.

Así como Señor del agua y nieve,
De la helada y granizo y de los vientos,
A sus tiempos reparte cada cosa;

Y da á Jerusalem, que en sus cimientos
Y paredes y peñas, donde pruebe

A sembrar pan, le dén mies abundosa.
¡Oh ciudad rica! Oh gente venturosa

La de Jacob, que tanto
La estima el Señor santo,

Que les descubre el pecho y sus secretos,
Y enseña sus preceitos;

Grandeza jamás hecha á las naciones
Del mundo y sus regiones;

Antes bien, despreciando todo el resto
De los hijos de Adán, les escondió esto.

§. LV.

Pero porque mas brevemente digamos lo que llamamos «bondad, ó bueno en Dios», y lo que *hermosura*, digo que *bondad* se llama la sobre excelentísima existencia de Dios, *hermosura* es el acto ó rayo que de allí nace, y se derrama y penetra por todas las cosas. Este se derrama primero en los ángeles, y los ilustra de allí en las almas racionales, después en toda la naturaleza; y últimamente, en la materia de que son hechas todas las cosas. A los ángeles los hermosea con las ideas ó especies de las cosas que les imprimió cuando los crió; porque los produjo con el conocimiento y ciencia de ellas; al alma la hinche con la razon y discurso; á la naturaleza la sustenta con las semillas que en cada cosa puso para que volviesen á reproducirse. Finalmente, adorna y alavia la materia con diversas formas; así como el alfarero que tiene delante una masa de barro sin talle ni forma, la va hermosea con hacer della una fuente, de otro pedazo un plato, de otro un jarro á la romana; desta suerte hermosea Dios la materia de todas las cosas, vistiéndola de forma de planta, de leon, de caballo, de hombre, y así de las demás. De aquí es que el que contempla y ama la *hermosura* en estas cuatro cosas, en las cuales se encierra todo lo criado, amando el resplandor de Dios, y por él conocido en estas cosas, venga á conocer y amar al mismo Dios.

Nace de aquí que el ímpetu del que ama no se puede apagar ni aun templar con la vista ni tacto de alguna cosa corpórea; porque no ama este ó aquel cuerpo; mas solo se admira y desea y se espanta del resplandor de la soberana luz que resplandece por el cuerpo, como luz encerrada en vaso de cristal. Por esto los que aman, ni saben lo que buscan ni entienden lo que quieren ni conocen lo que desean. Ignoran á Dios, cuyo sabor escondido mezcló en sus obras un olor dulcísimo de sí mismo, con el cual olor nos despertamos cada dia; porque este sentimosle, pero el sabor ignorámosle. Esto rogaba una enamorada esposa al celestial Esposo, que la «arreatase en pos de sí, y correría al olor de su bálsamo y suavísimo ámbar». Pues como, engolosinados con el olor, deseamos el sabor, que nos está escondido (porque no hay palabra

en este corruptible estado para tanta dulzura y sabor), con razon no entendemos lo que deseamos ni lo que pedimos.

§. LVI.

Todo lo que hasta aquí habemos dicho por ventura está bien, sino lo que de la difinición dijimos, sacado de la opinion y parecer de Platon, que quiere que «sea el amor un ardiente deseo de gozar con union perfeta aquello que juzga por hermoso en cuerpo y en alma». A esta opinion se acercan mucho los que dicen que «el amor es un lazo, una atadura, mediante la cual el amante desea ayuntarse y unirse con la cosa amada». Esta difinición tiene sus dificultades, porque el amor no parece que puede ser *apetito ó deseo*, antes bien el *apetito* es accidente del amor; y así, solo vemos el *deseo* en los que carecen de aquello que aman, y cuando lo gozan, ya no queda el *apetito ó deseo*, aunque sí queda el amor. Luego si hay amor sin el *deseo*, sigue-se que no son una misma cosa, antes bien parece que el *deseo* nace y se causa del amor cuando está ausente el amado, y si está presente, se causa el gozo ó deleite y quietud, porque en él quiere y se deleita y goza. Parece que podriamos decir del *deseo* lo mismo que el Apóstol dijo hablando de la esperanza: «La esperanza que se ve (dice él) no lo es, porque lo que ve ya alguno, ¿para qué lo espera?» Habla allí san Pablo de la fruición de la vision beatífica; y como esta consiste en ver á Dios, tomó el ver por gozar y poseer; y es lo mismo que si dijera: «Lo que ya posee, lo que ya goza y es suyo y está en su poder, ¿para qué lo espera?» Pues así, ni mas ni menos, si vemos por experiencia que cuando se goza de la cosa amada llega el amante á la quiete, al descanso y sosiego, y deleítase y gózase con la fruición del amado; si entonces dura-se el *deseo*, le podriamos decir á este tal: «Hermano, ¿para qué deseais lo que ya gozais?» Esto vemos en los bienaventurados. Decía san Pablo, estando aun desterrado en esta vida: «¡Oh, cómo deseo verme suelto y desenlazado de los lazos deste cuerpo, y verme ya con Cristo!» Clara cosa es que el *deseo* no paraba ni era solo de verse desatado y morir, porque este, si aquí en esto, que es morir, se acaba y para, y no tiene mas fin que dejar la vida, nadie lo puede desear; antes es cosa que la aborrece nuestra naturaleza, como cosa odiosa y contraria y dañosa, y como amarga y contra nuestro bien; porque el bien y la medra y todo lo dulce y deleitable, y cuanto de gusto y de contento podemos tener, ha de cargar sobre la vida y habemos de vivir para gozarnos, y con la muerte se nos acaba y desbarata, y nos acabamos y deshacemos, y perdemos por junto todo cuanto con la vida gozábamos. Y así, decía el Sabio: *O mors quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis: viro quieto, et cujus viae directae sunt in omnibus, et adhuc valenti accipere cibum!* ¡Oh muerte! (dice Salomon) que no solo tus hechos son amargos y los aceros de tu espada son lastimosos, mas aun eslo tu memoria, principalmente al hombre que tiene de comer y que no

está reñido con su hacienda, como lo están los santos, que traen bandos con las riquezas, despreciándolas y huyendo dellas como de veneno; mas á los que les saben bien, y á quien las goza con sosiego y á quien todo le sucede al sabor de su querer, y que le da Dios salud para comer dellas. Y así, dijo Aristóteles que *Omnium terribilium terribilis est mors*; que de las cosas que el mundo llama *terribles*, la que mas lo es y mas se teme, y la que mas huimos y nos espanta, es la muerte. Y el mismo dice: *Melius est esse, quam non esse*; Mejor es ser que no ser. Habló absolutamente, cotejando al ser con el no ser, cercenadas todas las demás circunstancias, sin otra consideracion mas desto, que es ser ó no ser; porque «mejor es no ser que mal ser»; que tales circunstancias podria haber, que desease uno el dejar de ser, como los que están en el infierno. Y porque tal puede ser la vida que la haga aborrecible, dice Jeremias, hablando del rey de Judea: «Todos los que se escaparen del cuchillo, que fueren deudos del Rey y de los príncipes del reino, verán tantos males y desastres por sus personas y casas, que desearen la muerte, y la vida les será odiosa.» Y en el *Apocalipsi* dice san Juan que «vendrá un tiempo cuando buscarán los hombres la muerte y no la hallarán, y desearen acabar, y huirá la muerte dellos». Confirma esto mismo nuestro Redentor hablando de Júdas, que le fué traidor: «¡Ay de aquel por quien yo seré vendido, que mejor le fuera nunca haber nacido que nacer y venderme!» Volviendo pues á lo de san Pablo, deciamos que deseaba ser «desatado y libre de su cuerpo»; mas que esto no lo deseaba por no mas que morir, sino porque sabia que sin eso no podia gozar de Cristo, pues *Statutum est hominibus semel mori*; Está así tasado á cada uno de los hombres, que, pues entraron en el mundo, que salgan dél muriendo. Y que sea así, que san Pablo no deseaba la muerte en cuanto muerte, sino por el respeto que habemos dicho, dícelo él mismo: *Nam et in hoc ingemiscimus, habitationem nostram, quae de coelo est, superindui cupientes; si tamen vestiti, non nudi inveniamur. Nam et qui sumus in hoc tabernaculo, ingemiscimus gravati: eo quod nolumus expoliari, sed supervestiri, etc.*; Sospiramos (dice san Pablo) con *deseo* de sobrevestirnos aquella vivienda nuestra, que es la de allá del cielo, si ya nos hallare Dios vestidos de gracia, y no desnudos de buenas obras. Porque los que estamos en este tabernáculo del cuerpo, gemimos con la carga, porque no queremos despojarnos del cuerpo, sino que, sin dejarle y sin pasar por la muerte, nos envistiesen el sayo de la gloria. Ora pues si dice que «desea verse desatado por estar con Cristo», luego en estando con él cesará el *deseo*. Luego señal es que el amor no es *deseo*, pues en estando en el cielo, y poseyendo y gozando y amando á Dios, cesa, y con todo eso, dura el amor. Y así, si agora que está san Pablo en el cielo, le dijese si deseaba estar con Cristo, respondería: «¿Qué he de desear, si ya le gozo?» Porque lo que tiene alguno, ¿para qué lo desea? Antes bien el *deseo* es inquietud del ánimo, y da pena

porque le falta lo que ama; y así, no reposa ni tiene contento; pues en el cielo no puede haber inquietud ni pena, síguese que no hay deseo, porque este atormenta hasta que se cumple, y allí cesa; y como en la gloria se hinchen todos los senos de nuestro apetito, exclúyese y lánzase fuera el deseo.

Y cuando se porfiase de que allá hay deseo de estar siempre con Cristo, digo que aquel tal no es deseo de amarlo ni de gozarlo de presente, sino de no perderlo jamás, y de verlo mañana y esotro y siempre; de suerte que el apetito vaya siempre delante á desear lo que aun no tiene, que es el gozar de Dios, y de aquí á un año y de aquí á mil y siempre. Y llamar á esto con nombre de deseo es impropria manera de hablar, porque los santos saben que jamás perderán la vision de Dios, y que siempre le han de ver; y así, no cae allí propriamente el nombre del deseo, sino en las cosas que pueden ser y dejar de ser. Finalmente, á mi parecer, siempre el deseo dice congoja y defeto. Y así, muchos santos entienden aquel lugar que dice san Juan en el *Apocalipsi*: «Vi debajo del altar las almas de los mártires que habian sido muertos por la confesion de la palabra de Dios, y daban grandes voces diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, no juzgas y no vengas nuestra sangre, haciendo castigo en esa mala gente que vive allá bajo en la tierra?» Dicen que en estas palabras piden que se abrevie el juicio final, porque entonces se hará general venganza de las injurias que los tiranos y los poderosos del mundo hicieron á los santos; y que esto lo desean por volver á tomar sus cuerpos, á los que aman como á fidelísimos compañeros. Y aquel quejido les nace de que no están enteros en el cielo, pues solo esta allá el alma; y aunque no pueden tener pena, porque ven á Dios, en quien inefablemente se gozan, con todo eso, parece que no están del todo contentos. Estarlo han cuando se vistieren de sus propios cuerpos, porque cesará la potencia que agora tienen las almas, y aquella inclinacion y propension de volver á informar sus cuerpos, pues son forma dellos. Luego el deseo les da una cierta manera de inquietud (si así se sufre llamar), y esta no la tendrán cuando tuvieren los cuerpos; y si les nace del deseo, síguese que él tambien cesará, mas no cesará el amor; y así, se colige que amor y deseo no es todo uno. Hé aquí cómo parece que el deseo mas es accidente del amor, en ausencia del amor, que el mismo amor. Lucrecio y Aristofanes parece que sintieron lo mismo que Platon, porque dijeron que «el amor no es otra cosa sino un ardiente deseo que tiene el amante de transformarse en el amado». Teofrasto quiere que sea «una concupiscencia del ánimo, la cual, así como nace presto, así tambien se apaga presto». Mas Plutarco fué de parecer que era «un movimiento de la sangre, que poco á poco va alentándose, y cobrando vigor y fuerzas, y que dura después mucho por una cierta persuasion nuestra, con que nos damos á entender que merecemos ser amados». Tulio dice que es *benevolencia*; Séneca, que es «un gran vigor de la mente, que por

respeto del calor se inflama suavemente en ella». Los estóicos siguieron otro camino, diciendo que es «una aficion que nace en nosotros por causa de la belleza»; mas qué aficion sea esta no lo dicen. Plotino dice que «es un acto del ánimo, con el cual desea el bien para el amado». Y este pensamiento no se desvia mucho de lo que dice mi padre san Agustin en estas palabras: «Es el amor una cierta vida que ayunta dos cosas, ó á lo menos lo desea; esto es, al amante con el amado.» Quien dijo que «el amor es un principio, mediante el cual el apetito tira á un fin, que no es otro que la cosa amada», por ventura lo acertó mas, ó á lo menos tocó mas cerca de la verdad; y si no le dió, la asombró. De manera que aquel movimiento con el cual el apetito es movido y llevado del objeto apetible y digno de ser deseado llamamos *amor* en general; que no es, finalmente, otra cosa sino una complacencia que se tiene de lo que se desea, y desta nace el movimiento del que así desea, con que es llevado á la casa que ama; y este es el deseo, y á este le sigue la *quiete y descanso* en la cosa que desea, que es lo mismo que la *alegría*. De suerte que allí está el fin del movimiento, adonde fué y estuvo su principio; porque lo apetible, que es lo mismo que la cosa deseada, primeramente mueve el apetito, el cual no atiende á otra cosa sino á ella; y cuando la ha alcanzado, allí repara y se afirma y reposa, y se alegra y se regocija y goza, como lo dice santo Tomás en diversos lugares.

§. LVII.

Hémos aquí adonde deseábamos; llegados somos á los efectos del amor divino. ¿Qué dice Cristo de la Magdalena? ¿Qué dice el Amante eterno de María? *Quoniam dilexit multum*; que amó mucho. ¿A quién? A Dios. ¡Oh María! Oh mujer milagrosa! Oh hembra que fuiste pasmo del mundo! ¿Quién te mudó tan presto? ¿Quién te enseñó á amar con tal extremo? ¿En qué fragua se derritió tu hielo? ¿Qué horno te abrasó el pecho? *Quoniam dilexit multum*; Amó mucho, no poco, no con tibieza, no como quiera. Mucho dice. ¿Qué tanto? ¿Quién lo sabrá decir? Sabráse pensar, pero no decir; podráse sentir, pero no hablar. Ya se ve María con su Amado; ya está hecha aquella union y lazo de amor entre Dios y el alma; y el rayo de la hermosura soberana la ha arrebatado á su centro, que es Dios. Contenta está María, ya ama María, ya arde, ya goza, ya sale de sí, ya no vive en sí, ya vive en su Amado, ya vive y muere, ya descansa y pena, ya teme y espera, ya llegó el *Inveni quem dilexit anima mea, tenui cum nec dimittam*. Halládole ha María: *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo*; Ala sombra del deseado de mi alma me asenté, á los piés de mi Señor me veo, al tronco del árbol de la vida estoy, «dulce fruto es el suyo para mi garganta.» Fruto de vida es el que he cogido. *Cum esses in sanguine tuo dixi tibi, vive. Cum adhuc, inquam, esses in sanguine tuo, dixi tibi, vive*; dícame mi amado: Estando en medio de tus pecados, revolcada en tu sangre y abominaciones, muer-

ta en tus torpezas y fealdades, pasé yo, vi que te acocaban y hollaban cuantos pasaban, y movido á compasion y lástima, te dije: Vive, alma muerta. Digo que, estándote aun en tus maldades, te dije: Alma perdida, vuelve, levántate y vive. Héme aquí que vivo, Dios mio, vida mia, bien mio, ya tengo fruto de vida, ya se acabó la muerte, agora descansa en tí mi alma. ¡Oh, que no sé yo, tibio, hablar de tanto fuego, no sé yo descubrir los efectos del amor! El que ama suele despreciarlo todo por el amado, porque nada le contenta, con nada se harta, y todo lo trueca fácilmente. No hace caso de las dignidades, porque hecho uno con su amado, tiene y goza de aquella; desecha las honras, porque bástale la que tiene en amar; desprecia la hacienda, porque de buena gana trueca lo terreno por lo divino. No teme el peligro, porque es el amor fortísimo: *Fortis est ut mors dilectio, et dura ut infernus aemulatio: lampades ejus, lampades ignis, atque flammaram. Si dederit homo omnem substantiam domus suae pro dilectione, quasi nihil despicit eam*. Es el amor tan fuerte como la muerte, y mucho mas, pues vence á la muerte. Amaba Cristo á María y Marta, y Lázaro (dice san Juan) enferma, y muere Lázaro; escriben las hermanas, viene el Redentor, ve llorar á María, llora y resucita á su hermano. ¿Quién pudo mas aquí? Peleaban la muerte y el amor; acomete la muerte y mata á Lázaro, acude el amor y dale la vida y resucítale; luego mas fuerte es el amor que la muerte. «¿Quién nos apartará del amor de Jesus? (dice san Pablo) ¿El trabajo ó vernos en angustia? ¿La hambre? La desnudez? ¿El peligro? ¿La persecucion del enemigo? ¿El cuchillo del tirano?» De todo esto salimos vencedores por amor del que primero nos amó. «Cierto estoy que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni todo el poder del cielo, ni lo presente ni lo que está por venir, ni lo mas fuerte ni lo mas alto, ni todo el profundo y cuantos en él viven; finalmente, ni criatura alguna, nos podrá apartar del amor de Dios.» ¡Oh fuerza de amor divino, que hieres y desmayas, y robas un corazon y le sacas de sí, que le abrasas en fuego de amor divino! ¿Quién apartará á María de Jesus? ¿Los tiranos? La muerte? Los verdugos? ¡Oh, quién viera tu corazon al tiempo que vias llevar á tu Amado atado para crucificalle! Oh verdugos, que llevais cautiva mi gloria! ¿no sabeis que llevais junto con él mi alma? Si llevais á crucificar mi Amado, llevad juntamente mi cuerpo, que á do muere mi Dios no hay para qué viva yo. ¿Quién apartará esta alma de Jesus? ¿Las persecuciones? Allí se halla María con Jesus. ¿Los verdugos? Entre ellos va María con Jesus. ¿Las armas? Por medio pasa María á ver á Jesus. ¿La cruz? Al pié della está María salpicada con la sangre de Jesus. ¿La muerte? Tambien muere María con Jesus. ¿El sepulcro? Allá va María á ungrir á Jesus. ¿Las tinieblas? Aun era de noche cuando salió al monumento. ¿Los ángeles? Dos vió en el sepulcro; háblanle, dicenle: *Noli flere*; No llores, mujer; mas María no cura de los ángeles, porque busca al Señor de los ángeles; luego mas fuerte es el amor que la muerte. Su ardor y llamas son mas vivas

que las del fuego, porque el fuego quema el cuerpo, mas el amor abrasa el alma. Si diere un hombre toda su hacienda por ser amado, tendránla en poco, porque el amor ni se compra ni vende; libre es y libremente se da. Suelen los que aman sospirar y alegrarse; sospiran porque se pierden á sí mismos, dejando de ser suyos; gózanse porque se pasan en otra cosa mejor, que es en Dios. Arden y hiélanse en un punto, como los que tienen cicion de terciaria; y hiélanse porque los desampara el calor propio, arden porque son encendidos con el calor del soberano rayo; y porque á la frialdad se lo sigue el temor, y al calor la osadía, por esto son cobardes y animosos. Temen perder lo que aman, y tienen ánimo para acometer grandes cosas por el amado. «El amor hace discretos á los necios y de aguda vista á los cegajosos;» mas ¿qué mucho que vea mucho aquel á quien alumbra el resplandor y rayo celestial, y que sepa mucho el que enseña el amor divino, y que sea fuerte el que cobra las fuerzas de su amado, pues son fuerzas de Dios? Llamaba Cenon al amor «Dios de amistad, de libertad y concordia»; porque, poca amistad puedo yo tener con vos si el amor no nos toma las manos. Es suma libertad, porque no hay cosa á que se rinda sino solo á lo que ama, porque en esto está su gloria. Es causa de concordia, porque por él la tienen los elementos, las repúblicas; por él viven en paz los hombres y los animales. Pintaban antiguamente la imágen del amor entre la de Mercurio y Hércules; Mercurio era el Dios de la elocuencia, y Hércules el de la fortaleza; porque donde hay aviso y prudencia juntamente con fortaleza, allí hay amor y concordia.

§. LVIII.

Pasemos mas adelante. Platon llama al amor *amargo*, y no sin razon, porque muere el que ama; y por ello le llamó Orfeo *agridulce* ó *dulce amargo*; porque, como el amor es una muerte voluntaria, en cuanto es muerte se dice *amargo* y *acedo*, mas en cuanto es voluntaria se dice *dulce*. Y que muera el que ama está claro, porque su pensamiento, olvidado de sí mismo, se revuelve siempre en su amado; pues, si no piensa do sí, luego no piensa en sí, y por esto el alma así aficionada no obra en sí, pues que la principal operacion suya es el pensamiento; el que no obra en sí síguese que no está en sí, porque estas dos cosas son siempre iguales, el ser y el obrar; ni hay ser sin que haya operacion, ni hay obrar do no hay ser; ni nadie obra donde no está, y do quiera que está allí obra. Luego el alma del que ama no está en sí, pues no obra en sí, y si no está en sí, claro está que no vive en sí; pues el que no vive muerto es; y por esto decimos que el que ama está muerto en sí. Y de aquí nació aquel dicho: «Que el alma mas está donde ama que donde anima.»

Pero veamos: ¿vive siquiera en otro? Sí por cierto, en su amado. ¡Oh cosa maravillosa que el amado vive en el amante, y el amante en el amado! Ama María á su Cristo, Cristo á su María. «Juegan al trocado», y el uno se da al otro, y el otro al otro, para que cada uno tenga

al otro. Antes que pasemos mas adelante quiero advertir que estos afectos de amor impropriamente se dicen de Dios, porque ni puede vivir sino en sí ni puede amar sino á sí, ni sentir esa muerte que decimos, pues es vida por esencia, y la vida no puede morir; y siendo fin de todas las cosas y teniendo la perfeccion de todas ellas, no puede amar cosa fuera de sí. Por esto decimos que nos ama Dios en sí mismo, y no en nosotros. De parte del hombre vienen bien todos esos afectos y estilos de hablar; pero, no obstante eso, aplicamos á Dios este lenguaje y decimos «que ama y que se pasa á vivir en el amado, y que siente sus pasiones»; y esto porque habla Dios con los hombres como si fuese otro hombre. Así, dice en los *Cantares*: «Herido me habeis el corazón, esposa mía, herido me le habeis con un volver de ojos vuestro. Enlazástele con la madeja de oro de vuestro cabello;» que no pudiera decir mas el hombre mas enamorado del mundo. Y el vivir en el amado dice por san Juan: «Si alguno me amare, amalle ha mi Padre, y vendrémos á él y viviremos con él.» Y finalmente, la sagrada Escritura está llena deste lenguaje.

Volviendo pues á lo que íbamos diciendo: Cristo, que es el amante y el amado, y el alma, que es amada y amante, se truecan y se tienen el uno al otro. De qué suerte se dan el uno al otro bien se ve, pues cada uno se olvida de sí; mas cómo sea esto, que cada uno tenga al otro, eso no parece que puede ser ni se deja ver; porque, quien no se tiene á sí ¿cómo puede tener á otro? Ese es el milagro del amor, que, perdiéndose á sí mismo cada uno, se tenga á sí y al otro. Es esta la *ganapierde* del Evangelio, que dijo Cristo: «El que pierde su vida, la gana, y el que la gana, ese la pierde.» No me parece que nos pudiera decir cosa que mas nos declarara lo que vamos tratando que este «¿Qué cosa-cosa?» El que ama su vida, la pierde. Puede tener dos sentidos: el primero es que, si desea y ama tener vida, ha de perder la propia, porque así morirá en sí y vivirá en su amado, y la vida que en sí pierde hallarla ha en su amado; de suerte que en lugar de la vida que en sí pierde gana dos: la suya, pues la halla allá en quien ama; y la del amado, pues goza tambien de aquella. Y por esto añade el Señor: «El que la gana, ese la pierde;» esto es, no pudo ganalla sin que primero la perdiese. Este es el *Vivo autem, jam non ego: sed vivit in me Christus*, que dijo san Pablo; Vivo yo, mas ya no yo, sino que vive en mí Cristo. Dijo lo uno y lo otro; la vida de Cristo en Pablo, y la de Pablo en Cristo. El *vivo yo*, que dice al principio, es por la vida que tiene en Cristo, que la cuenta por suya. El *ya no yo*, es por la muerte que en sí mismo murió para vivir en su amado. El «vive en mí Cristo, es por la vida que á nuestro modo de hablar decimos que tiene el que ama en el amado. Este es el sentido de las palabras del Redentor; el otro es «el que ama su vida», esto es, que se ama á sí mismo y quiere mas vivir en sí que en mí; este tal perderá, porque es vida finita y corruptible la que en sí puede vivir; mas el que la aborreciere y muriere en sí, no cuidando de sí ni pensando ni amando ni obrando en sí,

sino en mí, este tal la gana, porque cobrará la vida que yo tengo; y pues es eterna, tendrála él eterna, que jamás se le acabe ni le falte. Hé aquí cómo este se tiene á sí, pero en el otro; y el otro se posee, pero en estotro. Cierto está que, amándoos yo á vos, que me amais, y por el mismo caso pensais en mí (como habemos dicho), pues me amais, que cuando yo os amo y pienso en vos me hallo á mí mismo en vos; y en vos me cobro yo á mí, que me perdí por mi descuido, y vos haceis otro tanto en mí. Hay otra cosa maravillosa, y es, que después que me perdí á mí mismo, si por vos me redimo, por vos me hallo y tengo; y si por vos me tengo á mí, mas os tengo á vos, y primero os he de tener á vos que á mí, y mas cercano os estoy á vos que á mí, pues que á mí no me tengo sino por vos. Por esto decimos que los que se aman mueren en sí y viven en otro; de suerte que hay sola una muerte y dos vidas: una muerte, cuando se desprecia á sí mismo y no cura de sí; dos vidas, la una cuando se halla en el amado, la otra la del mismo amado. Y porque no parezca que hablamos sueños, probémoslo de la Escritura. San Pablo dice: «Muertos estáis, y vuestra vida está escondida en Dios con Cristo.» Pues cuando apareciere Cristo (que es vuestra vida), entonces apareceréis vosotros con él, entonces se echará de ver que teneis vida, y no cualquiera, sino la de Cristo. Habla de los que aman á Cristo. *Muertos*, dice, *estáis*, porque moris amando; pero la vida que en vosotros perdistes cobrais la en Dios; allí está escondida con Cristo, allí os la tiene Dios guardada porque nadie os la toque. Está con Cristo porque Cristo está en Dios, y Dios en Cristo; Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo en él, dice san Pablo. Está Cristo tambien escondido en Dios, porque hasta que venga el último tiempo no está del todo Cristo conocido ni manifesto al mundo. A esto parece que aludió san Pablo cuando dijo, escribiendo á los hebreos y citando el verso de David: *Omnia subiecisti sub pedibus ejus*; habla con el Padre, y dicele: Señor, todas las cosas sujetastes y pusistes debajo los piés de vuestro Hijo. Sale san Pablo, y dice: En esto que dice que todas las cosas le sujetó, nada sacó ni dejó por sujetar; mas aun no vemos que le están sujetas todas las cosas. Pues cuándo lo estarán, dícelo en la primera que escribió á los de Corinto, que será cuando del todo haya destruido la muerte enemiga, que será en la resurreccion general; cuando ya la muerte haya perdido los aceros y no tenga á quien matar; cuando la haya aherrojado en el calabozo del infierno, adonde estarán los malos: *Et mors depascet eos*; Y se apacentará en las vidas miserables de aquella desdichada gente. Estaránle sujetos los malos, porque los castigará con su justicia; los buenos tambien, porque los premiará con su misericordia; los ángeles, porque es su cabeza y príncipe. Ya tenemos de la Escritura que mueren los que aman á Dios; probemos agora que tienen vida. Dico el Redentor, hablando de aquella admirable union de su cuerpo con el que le come dignamente: «Mi cuerpo es verdadero manjar, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, este tal

está en mí, y yo en él.» Hasta aquí va diciendo cómo en este enamorado sacramento se hace lo que habemos dicho de los dos que se aman, que ninguno dellos está en sí, sino en el otro. Dice luego: «Así como me envió mi Padre, que vive, y yo vivo por mi Padre, así el que me come vivirá por mí.» Hé aquí cómo, hecha ya aquella union de amor, el que ama á Dios vive vida de Dios. Pues que viva dos vidas por una muerte, dijolo en otra parte, hablando de sus ovejas: «Yo vine para que tengan vida, y mas abundante vida;» que el replicar dos veces el tener vida muestra que la tienen doblada, esto es, la de Dios y la suya. A esto parece que aludió san Pablo á los romanos, cuando dice: «Si por el delito de un hombre reinó la muerte, mucho mas reinarán en vida por Jesucristo los que recibieren la donacion abundantísima de la justicia y gracia.» Hé aquí cómo de la misma Escritura sacamos los efectos del amor en los que se aman.

§. LIX.

¡Oh, quién viera á María hecha ya amadora de Jesus! *Quoniam dilexit multum*; Amó mucho. Ya María se deja á sí, ya se olvida de sí, ya no vive en sí, ya muere á sí, ya la suma bondad, que es centro que dijimos de que salen todas las cosas, la mueve sin moverse; ya la hermosura eterna la tira á su centro, la une con él, la endiosa, y la descuida de sí y de todo lo que es interese suyo. ¿Quereis ver cómo trata el amor á María? Llega un día el Redentor con sus discípulos, cansado de predicar por aquellos lugares; entra en casa de Marta y María; asiéntase, y asiéntase á los piés María; andaba á esa sazón Marta muy hacendada en hospedar al Redentor, y parecíanle poco todos los de casa para servirle. Ve á su hermana, que se está mano sobre mano, oyendo las razones del Señor; párase Marta, y dicele: Señor, ¿no echais de ver el olvido de mi hermana? ¿Cómo! ¿Y con tal huésped tal descuido? Tiempo es este de poner la mesa, no de oír doctrina. No consideraba María que venía cansado, olvidósele que no habia comido. ¿Qué queja mas justa! Qué descortesía mayor! Qué mujer mas indiscreta! ¿Qué es esto, María? Y vuestra cortesanía, ¿dó está? Dó vuestro aviso? Quien os ha trocado? ¡Oh amor! que eres impaciente, que no sabes modo ni razon. Tu razon es no tenerla, tu modo jamás guardarla, que no es mucho amor el que se deja gobernar por razon. El amor no guarda reglas de crianza ni está atenido á leyes de palacio. ¡Oh amor seguro! Quéjese Marta, venga cansado mi bien y mi Amado, siquiera coma, siquiera no; que yo no curo de eso. Amo, y en él está puesto mi cuidado. Murmure el fariseo, que yo á los piés de mi Amado me estaré segura. ¡Oh amor, mas impaciente á las cosas del Amado que á las propias! ¿qué vuelta ha sido esta? Veis aquí á María, miradla, en el pecado fea, negra mas que el carbon: *Denigrata est facies ejus super carbones, et non est cognita in plateis*. Esto dijo Jeremías, llorando la cautividad de su pueblo, pero viene muy bien para María

cuando era pecadora. Mas negro se le paró el rostro que el carbon; porque, así como con la gran fuerza del fuego se le torna negro, así el alma, con la vehemente malicia del pecado, queda tan mudada del color, que no la conoce Dios. Pero agora; *Candidiores Nazaraci ejus nive, nitidiores lacte, rubicundiores ebore antiquo, sapphiro pulchriores*. Hame dado ya mi Esposo celestial un resplandor, un aderezo de rostro, que me le ha puesto mas blanco que la nieve; esta es la fe que me ha dado. Soy mas colorada que el rubí y que el marfil antiguo, porque el calor del amor me enciende el rostro, avivando mis esperanzas, muertas por el pecado. Era yo otro tiempo tienda de demonios. *Et occurrent daemona onocentauris, et pilosus clamabit alter ad alterum: ibi cubavit lamia, et invenit sibi requiem. Ibi habuit foveam ericius, et enutrivit catulos*. Todos estos animales que pone aquí el Profeta, muestran los diversos vicios en que cae un alma, y los muchos y feos pecados á que está sujeta. Allí ocurren los demonios, porque en el alma vacía viven siete, como dice el Señor en el Evangelio; allí los onocenturos, los sátiros y faunos, que llama pilosos ó vellosos, dan voces unos á otros; esto es, habrá gran abundancia de animales espantosos, lamias y otros muchos, porque un alma en pecado es ejido y dehesa de demonios y vicios, y viven allí, así como en las ruinas de casas antiguas, en medio de los desiertos; porque los demonios se huelgan de vivir en lugares inmundos y sucios, cual es el alma en pecado. Esto era en el tiempo cuando yo estaba apartada de mi Dios, cuando era muladar del demonio, cuando no amaba, cuando estaba muerta, desierta y hecha vivienda de demonios; mas agora que ya me miró el sol, agora que mi Esposo vive en mi alma, y yo vivo en él, *In cubilibus, in quibus prius dracones habitabant, orietur viror calami, et junci. Et erit ibi semita, et via, et via sancta vocabitur. Non erit ibi leo, et mala bestia non ascendet per eam*. Ya en las cuevas donde antes estaban encovados los dragones nacen verdes juncos y otras frescas yerbas; ya en el alma desierta, seca, sin agua de gracia, nacen virtudes y verdes esperanzas de gloria. El alma sin camino ha hallado carrera para la gloria, y llamarse ha camino santo; las bestias fieras, que antes hacian en mí su vivienda, los demonios y vicios, ya mi Amado los ha desterrado de mi alma. *Maria quae vocatur Magdalene, de qua septem daemonia exierant*, dicen los santos y sagrados evangelistas; Yo era de quien habia alanzado el Señor siete demonios, esto es, todos los vicios juntos; ya no moran en mí, soy aposento de la gloria, porque vive mi Amado, y se aposenta en mi alma: *Ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus*. Prometiólo y cumpliolo.

§. LX.

Murmura el fariseo de María, murmura de Cristo, que se deja tocar de una pecadora. Allá en el libro de los *Números* cuenta la Escritura sagrada que Aaron y su hermana María murmuraron de Moisen porque es-

taba casado con una negra, con una de Etiopía. Este casamiento de Moisen con la etiopisa tiene mucha variedad de pareceres. Josefo, *De antiquitatibus*, á quien siguen muchos expositores católicos, dice que en el tiempo que Moisen se criaba en palacio, en casa del rey Faraon, siendo ya mozo robusto, se movieron los etíopes, que están de la otra parte de Egipto, en lo interior de Africa, á hacer guerra á Faraon, contra los cuales envió un grueso ejército, y á Moisen por capitán general. Llegado, los venció en muchas batallas, y en ellas murió el rey de Etiopía. Una su hija, que habia quedado, muertó el padre, oyendo decir de la hermosura de Moisen (que, segun dice Josefo, era mucha), envióle á rogar que dejase la guerra y se casase con ella: acetólo Moisen, y esta fué su mujer. A mí se me hace dificultoso, porque cuando volvió estaba en gracia y muy amado de Faraon; y siendo ella mujer tan principal, tendríala en palacio el Rey, pues tenia á su marido; y así, al huir Moisen por la muerte del gitano que mató, sabemos que no la llevó consigo, ni después nos consta que la llevase cuando salieron todos los hijos de Israel de Egipto; ni tampoco trajera él la madianita con quien se casó en Madian, cuando volvió á Egipto á hablar á Faraon, si tuviera en Egipto otra mujer tan principal. Y dice el texto que cuando le mandó Dios que volviese á Egipto y hablase á Faraon, que tomó Moisen su mujer y sus dos hijos, y se partió con ellos para Egipto; aunque cuando el ángel lo quiso matar en el campo porque llevaba un hijo sin circuncidar, la volvió á enviar con sus hijos á casa de su padre; así que parece que lo deste casamiento no lleva camino. Los que esto dicen, piensan que la razon de la rencilla ó murmuracion de Aaron y María contra Moisen fué por haberse casado con mujer alienígena ó extranjera. Yerran tambien en esto, porque tambien pudieran murmurar de la de Madian, que era extranjera, y de Josef, el patriarca, que se casó con Asenet, hija de Putifar, sacerdote de Heliópolis. Digo pues, con mi padre san Agustín, que esta era la hija de Jetró, sacerdote de Madian; y en Arabia, cerca del mar Bermejo, hay otra Etiopía, y de aquí era Sofora, mujer de Moisen; esta no era tan negra como lo son las de la otra Etiopía. Y que se llamase así aquella tierra, sacólo mi padre san Agustín del segundo libro del *Paralipomenon*, donde dice la divina Escritura que Zara, etíope, vino á hacer guerra á Asa, rey de Judea, y vino con un millon de soldados, que son diez veces cien mil, y venciólos Asa porque confió en el Señor. Dice pues el glorioso san Agustín que los etíopes que aquí dice son los madianitas, porque la Escritura dice que los persiguió Asa en aquella tierra; pero, con licencia de tan gran padre y doctor de la Iglesia, no para contradecir su doctrina, sino para solo decir mi duda, por si acaso hubiere quien me sacare de mi ignorancia, digo que me parece que los etíopes que allí dice, no pueden ser los de Madian, ni se puede colegir del lugar que alega mi padre. La razon desto es, porque en el capítulo 46 del mismo libro se dice

que Baasa, rey de Israel, subió á Rama, y la comenzó á cercar de muro y barbacana y torres, porque nadie pudiese entrar ni salir de Judea con seguridad; como si dijésemos que el turco hiciese una fuerza en Sanlúcar de Barrameda, que es el paso para las Indias, para estorbar la embarcacion de España. Viendo el rey de Judea (que era Asa) que pasaba adelante la obra, envió mucho oro y plata de lo que habia en el templo y en los tesoros de su casa, á Benadab, rey de Siria, para que, rompidas las paces que tenia con el rey de Israel, le hiciese guerra porque dejase de edificar á Rama. Hizolo así Benadab, y sucedióle bien á Asa; pero, porque habia fiado mas del rey de Siria que de Dios, envióle un profeta que le dijo: Porque pusiste tus esperanzas en el rey de Siria, y no en el Señor Dios tuyo, por eso se te ha escapado de las manos el ejército del rey de los de Siria, que lo hubieras vencido. ¿Por ventura los de Etiopía y los de Libia no eran muchos mas, y los venciste por solo que confiaste en Dios? Hé aquí lo que buscábamos. Dice los de Libia y Etiopía, que fueron los que venció Asa. Libia claro está que es parte de Africa, y que los etíopes verdaderos están á las espaldas. Luego era de Africa, luego no de Madian; y así, de allí no se puede tomar argumento que los de Madian se llamaban etíopes, ni la mujer de Moisen etiopisa por esa razon. Otro lugar me parece á mí que nos lo dice mas claro, y es del profeta Habacuc en el capítulo 3.º Dice así: *Pro iniquitate vidi tentoria Aethiopiae, turbabuntur pelles terrae Madian*. Va tratando el Profeta de la destruccion de Babilonia, en retorno de que ellos habian destruido á Jerusalem, y dice: Porque los etíopes favorecieron á los caldeos, que son los babilonios, por esta maldad vi las tiendas de los etíopes confusas, y las pieles de los de Madian. De suerte que los ayunta á los etíopes con los de Madian, que da á entender que son unos. Podría ser, y quizá es lo mas cierto, llamar etiopisa á la mujer de Moisen porque era morena, como lo son los de Madian, que son como alárabes en Africa, que viven en tiendas cubiertas de pellejos; y por eso dijo el profeta Habacuc: Turbarse han las pieles de Madian. Y los que andan y viven por los campos debajo de tiendas siempre están tostados, como los gitanos que vemos en España; y á la que vemos muy morena, llamámosla que anda hecha gitana, y decimos: Mirad qué negra de Guinea. Cuanto mas que dice la Escritura que las hijas de Jetró guardaban ganado por aquellos desiertos, y una destas fué la mujer de Moisen; y de creer es que, guardando el ganado por aquellos soles, no debía de reventar de blanca, y por esto la llamaban la etiopisa, y creo que esto es lo mas cierto y lo mas allegado á razon. La razon de la murmuracion que dan los doctores es diversa; porque unos dicen que Moisen, como hablaba tan á menudo con Dios, se abstenia de su mujer, y ella debiólo de tratar con su cuñada María, y María con Aaron, y parecióles mal. Parece que es conforme al texto, porque dice al principio del capítulo: Hablaron María y Aaron contra Moisen por su mujer la etiopisa, y dijeron: ¿Por ventura por solo

Moisen habló Dios? ¿No nos ha hablado á nosotros tan bien como á él? Como si dijeran: No tiene necesidad nuestro hermano de descasarse de su mujer, por la privanza y trato que tiene con Dios; que tambien nos habla á nosotros, y no nos apartamos ni descasamos. Otros dicen que María y su cuñada debieron de tener algunas cuestioncillas, que al fin eran mujeres y cuñadas. María se debió de quejar á Aaron, su hermano y de Moisen, y Moisen volveria por la razon de su mujer, y con esto murmuraron, diciendo: Muy bueno es que no se corra nuestro hermano de volver por una negra de Guinea ni de verse casado con ella. Sea lo que fuere desto; que para nuestro propósito bien nos basta que Moisen estuviere casado con una negra, y Aaron y María murmurasen. ¡Oh gran Dios! ¿cuál amor te trajo del cielo á casarte acá en la tierra? Tú, mas hermoso que todos los hijos de los hombres; tú, que tienes mil gracias esparcidas en tu boca; tú, de cuya belleza se pasma el sol, los ángeles quedan embelesados mirándote. ¡Oh fuente de resplandor eterno! Tú, que eres espejo de la hermosura del Padre. ¡Oh Dios amabilísimo! ¡Dios bellissimo! Dios bonísimo! Dios carísimo! ¿Qué belleza hay en el mundo, en el cielo, en la tierra, en la luz, en las estrellas, en los animales, en las plantas; finalmente, en toda otra cosa, que no se halle en tí con suma excelencia y perfeccion, Dios mio? ¿Quién podrá explicar esta tu belleza? Las estrellas, los ángeles, la luna, el sol, toda la naturaleza, toda alma, todo sentido, todo entendimiento, en tí y de tí solo se espantan, porque en tí hallan luz, claridad, hermosura, compostura, deleite, gracia, resplandor y suavidad de mil maneras. No te pueden ver ojos algunos, que no se alegren, ni algunos te ven, que por reverencia no teman. El verte es ser bienaventurado en el paraíso; el no poder verte jamás es ser mísero y en mil infiernos. Tú eres fuente de todas las cosas hermosas por naturaleza, por gracia, por gloria. ¡Oh Dios bellissimo! ¿Quién podrá decir tus bellezas? Tu cabeza es toda de oro, tus cabellos lana blanca, tus ojos como dos soles, tu voz es un blando ruido de agua que cae de alto, tus manos hechas á torno, tus piés son de ámbar, y tu rostro es la misma gracia. Dios hermosísimo, tu cabeza es tu divina esencia, tus cabellos son los ángeles, tus ojos la providencia, tus narices las inspiraciones, tu boca es Cristo, tus labios los dos testamentos, tu lengua el Espíritu Santo, tus dedos los profetas, tus piés la humanidad que tomaste, tus espaldas las criaturas, tu rostro invisible es la inaccesible luz de tu majestad. ¡Oh hermosura sobre toda hermosura, y ¿quién será aquel que de tanta belleza no se enamore? Pues ¿quién podrá agora decillo, que este tan hermoso, tan rico, tan grande, y tan alto Dios se case con una negra de Guinea, con una etiopisa, con el pueblo de los gentiles, negro, tiznado, hecho un hollin por el pecado? *Eratis enim aliquando tenebrae, nunc autem lux in Domino*; Erades (dice san Pablo) negros, érades otro tiempo tinieblas, que es lo mismo, porque las tinieblas son negras; érades pecadores, agora ya sois

E.XVI-1.

Juanes blancos en el Señor; ya sois luz, hijos de luz, porquese ha casado Dios con vosotros: *Aethiopia praeveniet manus ejus Deo*. La etiopisa gentilidad ganará por la mano á la dormida Sinagoga; y así, se adelantó en el nacimiento. Envió los legados, que fueron los reyes; trajeron las arras, dieron la fe: *Venient Legati ex Aegypto*; Vendrán los legados de Egipto en nombre de la gentilidad. La cláusula de los conciertos: *Quoniam hic est Deus, Deus noster in aeternum, et in saeculum saeculi, ipse reget nos in saecula*; Este es nuestro Dios para siempre, él nos regirá por todos los siglos. Murmura María, la Sinagoga y el sumo sacerdote Aaron: *Quod ad hominem peccatorem divertisset*. Entra el Señor en casa de Zaqueo el publicano, allí se hospeda, y murmuraban los fariseos que se habia acogido á casa de un pecador: Murmura el pueblo judaico que se casa Moisen, Cristo, con la Iglesia etiopisa, que es negra: *Nigra sum, sed formosa, filiae Jerusalem, sicut tabernacula Cedar, sicut pelles Salomonis*; Soy morena (dice la esposa), pero á la fe, hijas de Jerusalem, no por esto dejo de ser hermosa. Soy un poco negrilla, como las tiendas de los alárabes, que están negras del sol y el agua; mas soy hermosa, como los aforros de las ropas de Salomon, que son de armiños y de raposos ferreres y de martas cebellinas. Mucho me espanta ese casamiento, pero mas me espanta que el Hijo de Dios se case con María. Señor, mirad lo que hacéis, que murmurarán María y Aaron, y dirán que os habeis casado con la negra, con la negrilla de Etiopía, con una gran pecadora; que se correrán las damas de la corte, esas mentes angélicas, de ver que *Nusquam Angelos apprehendit, sed semen Abrahae apprehendit*; No se casó con la naturaleza angélica, sino con el linaje de Abraham. Ni dijo san Pablo á los ángeles el *Despondi enim vos uni viro virginem castam exhibere Christo*; Mirad que os he desposado con un hombre de bien, con un hombre de honra, que es menester que os deis, vírgenes castas, á Cristo. Aludió el Apóstol á lo que acá se acostumbra, que un hombre de honra antes se casará con una pobre y doncella que con otra que no lo sea, aunque tenga veinte mil ducados. ¡Oh, qué pasmo debió de tener el cielo cuando vió á su Dios tomar por esposa á María! Murmura el fariseo, y dice: Si este supiese qué pieza es la que le toca, la que toma por esposa, no se casaría con ella; y con todo eso, nuestro Moisen muy contento con su negrilla. Pues Señor, ¿qué le hallais bueno? Qué os ha enamorado en María? ¿Por qué os casais con ella? *Quoniam dilexit multum*; Porque amó mucho. ¡Oh fuerza de amor, que haces hacer cosas á Dios que, á no ser él quien las hace, las tendrían los hombres por desatino! ¡Que, siendo Dios tan alto, que los mas estirados de los ángeles, para aleanzar á hablalle, arrimaban una escala, como lo vió allá Jacob una noche; y que este tan alto, enamorado del amor de una Madalena, quiera tomalla por esposa, y decir que la quiere mucho, que le parece muy bien, que la quiere para suya; y que dé por razón que ella le ama mucho! Pues, alto Dios, dime, ¿y qué mucho

que María te ame mucho? Eres tú fuente de amor eterno; eres principio, medio y fin de toda la hermosura; eres tú solo el hermoso; pues ¿qué mucho que la fea ame la belleza? Amante los cielos, los ángeles, las plantas, toda la naturaleza; el sol, la luna, las estrellas, todo cuanto vive, cuanto se mueve, cuanto tiene ser; pues ¿cómo no te ha de amar María? Eres luz que jamás falta, sol que no se traspone, resplandor que alegra, claridad que alumbrá y hinche de alegría el cielo; es María noche, es tinieblas y oscuridad; pues ¿cómo no ha de amar la luz? Cómo la noche no ha de desear el día? Cómo el hielo no amará el rayo del sol? Cómo el invierno no sospirará por la primavera? Eres tú, Dios mío, vida; eres el que das el espíritu á los hombres; eres en quien y por quien vivimos, nos movemos y somos. María está muerta; pues ¿cómo la muerte no ha de amar la vida? Cómo la sepultada no deseará salir de la sepultura? Eres, mi Dios, fuente de agua dulce, eres el río que con su corriente alegra la ciudad de Dios, eres mar dulce de infinita gracia, eres el fresco del alma sedienta, eres el que brindas á los ángeles y santos, y los embriagas con la abundancia de tus deleites; salen de tu pecho ríos caudales de sabiduría, de gloria, de gracia, de bienes y de infinita riqueza. María está seca: *Anima mea sicut terra sine aqua tibi*; Mi alma (dice María) cuando está sin tí, Dios mío, es como la tierra sin agua. María está sedienta: *Sitivit anima mea ad Deum fontem vivum*; Sedienta está mi alma hasta verse contigo, oh fuente de vida eterna, dice María. María está enferma: *Adjuro vos, filiae Jerusalem, si inveneritis quem diligit anima mea, ut nunciatis ei, quia amore langueo*; Yo os conjuro, zagalas y pastoras de Jerusalem, por los corcillos del campo y por las cabrillas y gamos ligeros de los bosques, que si viéredes por allá al mi Amado, que le digais que estoy enferma de amor. Pues los enfermos sed tienen. Si María está seca, ¿qué mucho que ame la fuente? Si María tiene sed, ¿cómo no deseará el agua? Si la abrasa la calor, ¿cómo no sospirará por la sombra del árbol de la vida? Eres (alto Dios mío) salud que no se destempla, fortaleza que no se cansa, amparo que nunca falta, guarida que asegura, puerto que jamás se altera, esperanza que nunca burla, virtud que siempre sustenta, y médico que sana nuestras enfermedades. Es María la enferma: *Quia non est sanitas in carne mea*, dice María; No hay sanidad en toda mi persona. Está María flaca con la dolencia del pecado, es la desamparada, está en las ondas del mundo; pues ¿qué mucho que el enfermo desee la salud? que la flaca pida fuerzas, que la desamparada busque amparo, que la perseguida busque guarida, que la que pelea en las ondas huya al puerto. Y finalmente, ¿qué gran cosa es que el enfermo desee la presencia del médico? Dices, Señor: *Quoniam dilexit multum*. Y ¿por ventura amástela tú poco? Tú, buen Señor, ¿no la amaste primero? No la llamaste primero? No la buscaste primero? No la preveniste, no le rondaste la puerta, no la convidaste, no la rogaste, no la

aficionaste? Pues ¿qué mucho que María ame amada, que responda llamada, que se deje hallar buscada, que convidada, acete tu amistad? *Quoniam dilexit multum*. Dime, espejo de los santos, ¿quién te amó sin que le amases? Quién te buscó sin que tú le llamasas? Quién vino á tí sin que tú le trajeses? Nadie por cierto; porque de tí y por tí se comienza todo nuestro bien; luego don tuyo es que te amemos, y deuda es que te debemos, y que te la pagamos cuando te amamos. Y aun mas: te confieso, Dios mío, que, pues sin tu gracia no te puedo amar, y mucho menos pagar, cuando me das favor para que te ame, es que me adeudas de nuevo, porque cuanto más te amo, tanto mas te debo el don con que te amo. Pues luego, que María te ame mucho no le es de agradecer mucho; y mas te debe á tí porque le diste que te amase mucho, que tú á ella, aunque te ama mucho: *Quoniam dilexit multum*. Dios milagroso, dime: ¿tu amor no hace bienaventurados, y tu desamor no hace malaventurados? Tu amor no hace ángeles, y tu desamor demonios? Estar en tu amor ¿no es gloria? y estar en tu desamor ¿no es infierno? Pues luego amar tú á María es hacella bienaventurada, es hacella santa, es hinchilla de gloria. Jamás te he oído decir (Dios mío) que te aman mucho los ángeles, no los arcángeles, no que se mueren por tí los querubines ni que se abrasan los serafines; y ¿preciaste de que te ama mucho María? No haces caudal de los jayanes, no de los bravos gigantes, no de los empinados cedros, no de los altos cipreses ni de los árboles encumbrados del paraíso; y ¿haces caso del junco, de la malva, de la amápolá, de la hojarasca, del polvo que lleva el viento, de la florecilla que un rayo del sol la marchita y enlacia? *Quoniam dilexit multum*. Pues ama María de balde, ¿qué le dices? ¿Cómo se lo pagas? ¿Cuál es el premio de tanto amor? A mucho amor, mucho favor ha de correspondelle. Si el amor es mucho, no es bien que el galardón sea poco. Mas ¿qué digo yo, poco? Tú, Señor, no sabes dar sino mucho. Eres un maniroto; y así, te rompieron las manos en una cruz porque nada te quedase en ellas. Todo se te cae de las manos, porque nosotros, mendigos, nos hagamos ricos con lo que á tí se te derrama. Pidete un ladrón en la horca que te acuerdes dél, y tú, Dios maniroto, dasle un reino. Alejandro dió á Abdolomino, hortelano, el reino de Sidon, y cobró nombre de liberal; pero ¿qué tiene que ver, Señor, contigo? Alejandro dióle á un hortelano, tú á un ladrón; Alejandro dió un reino terreno, tú uno del cielo; Alejandro lo dió á uno que, aunque hortelano, era de linaje real, tú á uno que quizá era hijo de ladrones. A san Juan, que está al pie de la cruz y no te pide nada, le das á tu Madre. Acuérdate que, hablando un día con tu santo profeta Ezequiel, le dijiste: Hijo del hombre, Nabucodonosor me prestó su ejército para hacer guerra á Tiro, que me tenía mal enojado, y no les di paga á los soldados; y pues me sirvió bien, no es razón que se quede sin salario; quiérole dar á Egipto. Pues si con un bárbaro te muestras tan libe-

ral, que dices que te sirvió, y le das en salario un reino; á María que te ama, y mucho te ama, que dices della: *Quoniam dilexit multum*, ¿qué le das en premio de tanto amor?

§. LXI.

Remittuntur ei peccata multa. El premio de tanto amor es, que le son perdonados muchos pecados. ¡Oh alma! Si supiédes bien qué cosa son pecados y qué cosa es oír del confesor un «yo te absuelvo», morirías de contento cuando oís á sus piés aquella palabra. Espántome cómo María no dejó el alma de sola alegría cuando oyó de la boca del mismo Dios «yo te perdono». ¡Oh dulce palabra á las orejas de un pecador, cuando le dice Dios un «bien te quiero»! Pensadlo, cristianos, de espacio, porque no sé yo cómo encarecerlo ni cómo dároslo á entender. Qué vea un hombre abrirse el cielo sobre su cabeza, que vea hechas las amistades con Dios, que vea que le espera la gloria, que quede amigo de los ángeles, recibido por ciudadano del cielo, por hijo y heredero de Dios; que sepa que ha de pisar las estrellas, que tiene por compañeros á los santos, ¿hay grandeza que á esta llegue? Hay favor que á este iguale? Hay premio que tanto valga? Hay servicio que tal merezca? Hay amor que á esto suba? Luego bien pagada queda María: de esclava del demonio queda hija de Dios, de tizon del infierno queda vaso de gloria, de miembro de Satanás es ya esposa de Cristo. Pues ¿qué le queda ya mas que desear á María? Dícele dos palabras, que dicen y hacen allá en el alma y en el cielo mil grandezas: la una es el *remittuntur tibi peccata tua*, la otra, *vade in pace*; Véte en paz. Veis aquí el cielo en la tierra; ya María goza de aquella paz que dice san Pablo que sobra á todo sentido, ya el corazón de María tiene gloria antes que el cuerpo de Cristo; ¡oh milagro de verdadera penitencia! Y ¿esto para aquí? No; adelante van los favores, pasan y ercen las gracias y mercedes. Aquí es defendida del fariseo, después lo es de Marta, seis días antes de la pasión lo es de Júdas. Desde hoy se anda con el Señor hecha su pagadora y tesorera, como lo cuenta el mismo evangelista san Lucas; hoy le unge los piés, y antes que Cristo muera, la cabeza, y tiene ánimo para ungrle todo el cuerpo después de muerto. Preguntémosle á María qué hace después de perdonada, después de aquella indulgencia plenaria y después de aquel jubileo plenísimo en que el sumo sacerdote Cristo la absolvió á culpa y á pena, después de haber oído de la boca de Dios el «yo te perdono, véte en paz»; veamos qué es lo que hace María, si se asegura, si vive desconfiada. ¿Qué haceis, santa mujer, después de tantos títulos y ditados como teneis, después de tan gran privanza?—¿Que hago? Grandísima penitencia, no me doy á los contentos pasados; ya no quiero mas vanidades, no quiero mas aplacer al mundo; lo que hago es llorar la vida pasada, treinta años escondida en una cueva, sin cama ni abrigo, llorando, ayunando, orando, sospirando, contemplando. Pues decidme, gloriosa mujer, ¿para

qué tanta penitencia? ¿Ya no estáis absuelta? Pues ¿no dice el otro profeta que «Dios no castiga dos veces un pecado»?—Es verdad, y ya mi Dios me ha perdonado; pero dice el Sabio: *De propitiato peccato nolí esse sine metu*; No te asegures mucho ni pierdas el miedo del pecado que se te ha perdonado. Esto dice porque la seguridad y confianza no te descuide, y guardándote poco, vengas á caer en otros pecados. Así que, dice María: «Perdonado me ha mi Dios, y aunque estoy cierta del perdón, también lo estoy de que le ofendí;» y así, siempre me aborrezco y sacrifico, y quiero decir y hacer lo que me enseñó el santo rey David, que decía á Dios: *Quoniam iniquitatem meam ego cognosco, et peccatum meum contra me est semper*; Conozco mis maldades, sé la gravedad dellas y lo mucho que pesan, y trayo siempre mi pecado delante los ojos para llorarle. Y el buen rey Ezequías decía, hablando con Dios: «Contarte he, Señor, todos mis días y años pasados, y esto con dolor y amargura de mi alma.» Andaba con tanta cautela, que dice san Ireneo que desde este día del perdón de Cristo, sino fué á él, jamás miró lo cara á algún hombre. ¡Oh descomunion de nuestra vida! Oh condenación de nuestra presuntuosa confianza! María, absuelta por la boca de Dios, hecha ya su amiga, perdonados sus pecados con firma del mismo Dios; no contenta con eso, llora, ayuna, hace penitencia, y no se harta de lavar sus pecados pasados con hacer fuentes de sus ojos; y vos, pecador, no teniendo cédula de Dios de que os ha perdonado, habiendo hecho mas y mayores pecados que la Madalena, no teniendo mas blando Dios que ella, ni teniendo mas ciertas esperanzas de vuestro perdón, estáis tan olvidado de hacer penitencia, andeis con tanto descuido como si ya estuviéredes confirmado en gracia, tratéis tan sin cuidado como si tuviéredes el cielo por vuestro. ¿Qué es esto? ¿En qué estriba vuestra confianza? ¿De dónde os viene tanta seguridad? San Pablo había subido al cielo, visto había la esencia de Dios, firma tenía suya de su salvación, y con todo eso, decía: «No me reprehende mi conciencia de cosa alguna, no sé pecado mío que no me esté perdonado; pero con todo eso, no me tengo por justo;» y dando la razón, dice: «Porque el que me juzga es el Señor;» como si dijera: «A ser mi juez algún hombre como yo, aviniérame con él; y pues no podía él saber mas de mí que yo mismo, y yo no sé pecado mío, tampoco lo supiera él, y pudiera estar seguro y sin miedo; mas, como mi juez es Dios, que escudriña los corazones y ni un solo pensamiento se le pasa de tras cuenta, y sé yo el *delicta quis intelligit*, que dice David, que los pecados son tan delgados que apenas los saben conocer los hombres; con eso, *non in hoc justificatus sum*; No me aseguro en mi justicia.» Y en otro lugar dice: «Yo corro la carrera de la vida, no como quien camina sin saber dónde le lleva su camino; peleo, pero no en el aire; mas castigo mi cuerpo y dómole y ríndole á que sirva al espíritu y á la razón; porque por ventura mientras predico á los otros y les enseño el camino del cielo, no sea que le pierda yo.» Pues decid-